

Mujeres.

Detrás del mostrador

Memorias de las ventas
más aisladas de La Orotava



Ayuntamiento
VILLA DE LA OROTAVA

Mujeres. Detrás del mostrador

Memorias de las ventas más aisladas de La Orotava

Edita

Excmo. Ayuntamiento de la Villa de La Orotava
Concejalía de Igualdad
Calle León, n.º 19
38300, La Orotava, Santa Cruz de Tenerife

Produce y coordina

Cultania. Gestión integral del patrimonio cultural
Avenida de La Trinidad, n.º 19, 1º derecha
38204, San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife
922 079 830 · info@cultania.com · cultania.com

Textos

© Yaiza González Hernández

Diseño gráfico y maquetación

© Alba Gonto

Dirección de arte

© Gabriela Maillet

Fotografías

© Guillermo Pozuelo

Realización de entrevistas

Juana María del Castillo Ramos
Yaiza González Hernández

1ª edición: junio de 2023

Depósito legal: TF 143-2023

© Todos los derechos reservados

Mujeres. Detrás del mostrador

Memorias de las ventas más aisladas de La Orotava

Mujeres. Detrás del mostrador

Mujeres. Detrás del mostrador es el resultado más tangible de un proyecto conmovedor que pretende mostrar el papel vital que las mujeres han ocupado en el desarrollo social, cultural y económico de las zonas más rurales del municipio de La Orotava.

A través del diálogo y la escucha activa, hemos querido ahondar en las memorias de once mujeres que regentaron las ventas más aisladas a mediados y finales del siglo XX. Desde el enfoque de la perspectiva de género y la creación de espacios de confianza, hemos recopilado sus experiencias vitales que demuestran la fortaleza y la capacidad de resiliencia para asumir multitud de tareas y soportar diversas circunstancias desde la invisibilidad más absoluta.

Gracias a la concejalía de Igualdad del Ayuntamiento de La Orotava, hemos generado encuentros para la libertad de expresión y la participación activa. Esta publicación, que incluye la información y los relatos más relevantes, es nuestro **homenaje** a las mujeres que han querido contar su historia y a tantas otras que ocuparon este rol poco reconocido en la sociedad actual.

La historia de las mujeres entrevistadas está marcada por las circunstancias sociales, culturales, económicas y políticas del momento. Una situación precaria en las zonas altas del municipio, donde el hambre, la pobreza y las restricciones morales condicionaron la vida de la población local.

La dependencia hacia las ventas de los barrios, especialmente en los núcleos más aislados, convirtió estos establecimientos en espacios de encuentro y a los mostradores en firmes fronteras, en barreras físicas que sostuvieron el desahogo de las revolturas, las novedades, las alegrías y los dolores de la comunidad rural.

Presentamos la lista de mujeres que, detrás del mostrador, se convirtieron en consejeras, confidentes, madres, abuelas, tías, esposas, maestras, cuidadoras, prestamistas y amigas de la vecindad más aislada de La Orotava. A ellas debemos gran parte del desarrollo social, cultural y económico de *Los Altos*.

Amelia Perdigón Zamora
Araceli Fariña Hernández
Carmen Morales Amador
Carmen Pacheco Socas
Eva Delgado Acosta
María (Dominga) Pérez González
María Candelaria Hernández Hernández
María Gregoria González Hernández
María Minerva Pacheco Hernández
Nieves Hernández Perdigón
Genoveva Hernández Perdigón



La Orotava rural del siglo XX. Algunos apuntes

«Arriba en Benijos
pusieron la luz
se fueron las brujas
pa Santa Cruz»

Copla popular de Tenerife

Para situar a la persona lectora, hemos querido esbozar algunos párrafos sobre el contexto en el que se establecen y desarrollan las ventas de las mujeres homenajeadas. Hechos históricos, como la llegada de la electricidad, del agua a los domicilios o de las carreteras fueron determinantes en el último tercio del siglo XX para fomentar el crecimiento de estos establecimientos y los núcleos rurales en general.

Barrios a oscuras

Una tarde de noviembre de 1978 tuvo lugar una de las manifestaciones más importantes de la época: la *Manifestación de Las Velas*. Multitud de personas procedentes de Aguamansa, Bebedero Alto, Pinolere, Barroso y Benijos, entre otras localidades, acudieron con capuchinas, faroles, velas, pancartas y banderas. Recorrieron las calles del centro orotavense para reivindicar las precarias condiciones en las que se encontraban más de diez mil habitantes de los barrios. Este movimiento anónimo fue la antesala de una época más democrática e igualitaria donde las gentes de *Los Altos* accedieron a servicios públicos como la educación, la vivienda, la sanidad, el agua y la electricidad.

Delfina Perdigón llenando
agua en el chorro público,
Barroso.

El agua

En La Orotava, este preciado líquido se convirtió en la fuerza motriz necesaria para hacer funcionar un aseedero, varios molinos, una tenería, el riego en zonas cultivadas y el abastecimiento público. Sin embargo, no fue hasta finales de los años setenta que el agua potable suministra las viviendas de toda la zona alta. Las mujeres entrevistadas coinciden en los grandes sacrificios que debieron realizar desde su infancia para llevar el agua a las ventas y a sus casas. Durante décadas, acudieron a los chorros públicos cercanos para llenar, a veces a escondidas y en ocasiones utilizando una manguera, los barriles o bidones que debían arrastrar o cargar hasta el negocio. Las largas esperas en la fila, las riñas vecinales y los esfuerzos para trasladar los envases forman parte imborrable de sus recuerdos.



La electricidad

La Orotava ha sido especialmente significativa en cuanto a la llegada de la electricidad. Entre 1894 y 1974, dos centrales eléctricas funcionaron en épocas distintas para abastecer al municipio hasta que Unelco absorbe esta función. Sin embargo, en los barrios de la zona alta no funciona el tendido eléctrico en su totalidad hasta principios de los ochenta, enfatizando aún más la desigualdad histórica entre la población rural y las clases sociales más acomodadas. Nuestras mujeres tienen en común la utilización de velas, faroles, capuchinas o motores que generaban electricidad para continuar con sus tareas al anochecer.

La carretera general

La carretera general de Las Cañadas del Teide (TF-21) ha sido la columna vertebral de las medianías y zonas altas de La Orotava. Esta vía sinuosa que asciende al parque nacional del Teide fue estratégica para impulsar la apertura de varias ventas históricas. La necesidad apremiante de crear una conexión entre el norte y el sur de la Isla, que facilitara el trasvase de mercancías y la circulación de los turistas, propició el establecimiento de multitud de negocios colindantes a lo largo del siglo XX. Estos y otros ubicados en los barrios más aislados como Pinolere, La Florida, Bebedero Alto y Benijos proveían a la población local en una época en la que el transporte público era precario y el territorio estaba fragmentado por caminos empedrados y estrechas veredas.



Araceli Fariña, junto a la carretera general de las Cañadas del Teide, Aguamansa.

El teléfono de la venta

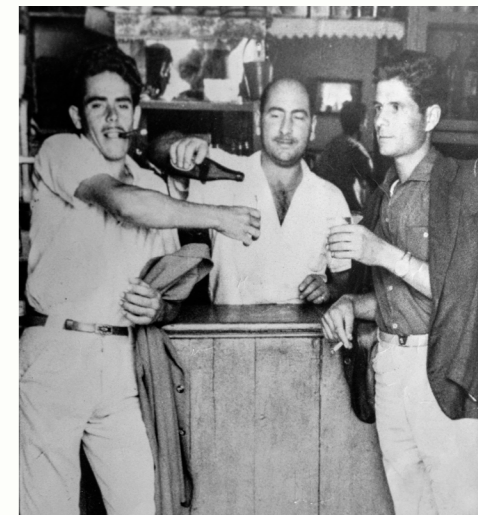
Las ventas de las medianías y las zonas altas del municipio jugaron un papel fundamental en la comunicación básica con otras zonas de Tenerife y el exterior. El establecimiento del servicio telefónico en espacios privados generó grandes logros y la evolución de las zonas menos desarrolladas. Varias de las mujeres entrevistadas recuerdan como el teléfono de su casa fue el único en su zona durante años. Este servicio, la mayoría de las veces gratuito, complementaba la oferta que ofrecían en sus negocios y ellas se convertían en las secretarías del barrio, avisando de las llamadas del médico, del servicio militar o de los familiares que emigraron a Venezuela.



Teléfono antiguo que conserva Carmen Pacheco, Bebedero Alto.

Mujeres y hombres, cada uno por su lado

En las ventas existió una distribución muy clara del espacio para evitar la mezcla de los sexos. La mayoría de las homenajeadas recuerdan cómo se despachaba a las mujeres por un rincón de su establecimiento. Otra barra y las mesas del bar estaban reservadas a los varones que frecuentaban el negocio durante las tardes y los fines de semana. En testimonios comunes se resalta el uso de grandes cestos a la cabeza donde las vecinas, independientemente de su edad, portaban los víveres. A los hombres, en cambio, se les atribuye los ratos de tertulia, los tragos de vino, las reuniones después de los entierros y las riñas jugando a la baraja. No estaba aceptado socialmente que las féminas participaran de estos encuentros, exceptuando los esperados bailes, eventos puntuales donde las jóvenes podían acudir acompañadas de algún familiar.



La venta de Félix, Barroso.

Prestamistas sin intereses

Comprar y dejar el pago para más adelante fue la tónica común en muchas ventas. Esta tendencia, perdurable en el tiempo, estuvo especialmente acentuada en aquellos grupos de población con mayor precariedad. A mediados y finales del siglo XX, la mayor parte de la clientela abonaba los importes de la compra pasada la semana, el mes o más en función de sus posibilidades. En muchos casos, la deuda nunca se saldó. Nuestras protagonistas cuentan que, en ocasiones, la gente pagaba con la entrega de otros víveres como huevos o papas, o entregaban los bonos recibidos por la recogida del cisco. Los libros de cuentas se convirtieron en los testigos incuestionables del fiado y la frase *apúntaselo a mi madre* en el repertorio habitual de los más pequeños.



Antiguo libro de cuentas.



Te presentamos a las protagonistas de esta publicación. A través de sus testimonios vitales viajarás a las ventas del pasado y conocerás las formas de vida que tuvieron lugar en La Orotava más aislada. *Escanea este código QR.*



Amelia Perdigón Zamora

Nació en agosto de 1944. Sus padres, Juana y Esteban, comenzaron vendiendo vino y chochos en el barrio de Pinolere. En la casa que construyeron posteriormente establecieron una venta y un bodegón donde Amelia, la más pequeña de sus siete hermanos, aprendió de su madre a despachar víveres y cocinar. Alternó las labores domésticas con el cuidado de los animales y la escolarización en el colegio La Milagrosa. Heredó el negocio familiar y, junto a su marido Isidoro, criaron a seis hijas e hijos, atendieron los terrenos y mantuvieron, durante décadas, uno de los establecimientos más populares de la zona alta.

Las recetas más tradicionales

Además de su gran conocimiento sobre el monte y las costumbres de antes, Amelia guarda uno de los tesoros más preciados de la cultura canaria: las recetas de platos tradicionales. En su memoria conserva toda la riqueza culinaria que ofreció en su bodegón como la carne de cabra, la carne con papas, el estofado de conejo, las caballas asadas en mojo hervido o el potaje de leche.

La venta de Amelia. *Pinolere*

Amelia, hasta el momento del cierre, conservó el mobiliario original. La venta, ubicada en la actual calle Alzados Guanches, lucía un mostrador de madera con cristalerías y tablas adosadas a la pared. En un salón trasero almacenaba el género a granel y, durante décadas, transitó sin descanso la escalera de acceso al bodegón situado en la planta baja.



«El aceite no era embotellado, teníamos un surtidor grande, era como un bidón grande, había un tubo para arriba y le dábamos con una rueda y salía el aceite, y la gente venía a buscar una cuarta, medio litro, un litro el que podía... ¡ay Señor! lo que eran penas».

«Mi madre, para traer la mercancía de la venta y poder vender, tenía una bestia, un mulo de esos grandes, y con dos cajones grandes iba a Barroso donde mi padre tenía un cuarto prestado, donde le dejaban la mercancía porque aquí no había carreteras».

«La gente iba a buscar el cisco al monte y venían ahí a la pesa, a pesarlo, dejaban el pinocho allí y le hacían un vale, un recibo de tantos kilos, y con esos recibos venían a comprar a la venta de mi madre, y mi madre los sábados cogía todos esos papeles y mi padre los iba a cobrar allí a Barroso, venía un señor allí a pagárselos».



Araceli Fariña Hernández

Nació en Aguamansa, en 1961. Sus padres, Esperanza y Jorge, decidieron comprar unos terrenos en la zona de La Morra y construir su negocio junto a la carretera general que asciende a las Cañadas del Teide. Esta excelente ubicación propició la creación de una venta y un bar donde Araceli nació y creció hasta que hereda la actividad. En compañía de su marido reconvierte los espacios, conserva un rincón para despachar víveres y continúa ofreciendo platos de comida hasta crear uno de los restaurantes más conocidos de la zona, el Cruz de Tea.

Una mujer imparable

Desde su niñez, Araceli ha trabajado sin descanso. Su habilidad para la organización, el orden y la gestión han sido fundamentales para mantener el negocio que ha liderado con dedicación. Con gran sacrificio, y con la ayuda de su marido José, ha sabido conciliar las labores domésticas, la crianza de sus hijos, la cocina y la administración del restaurante. Con sabiduría y complicidad, va dando paso a la nueva generación que llega con aires renovados y mucha ilusión.

La venta de Esperanza, su madre. *Aguamansa*

Araceli fue testigo de las múltiples modificaciones que experimentó el negocio de sus padres a lo largo de las décadas. Comenzó siendo una venta pequeña donde se ofrecía productos básicos como aceite, azúcar y pasta. Con el tiempo, los salones de la planta baja se convirtieron en espacios de almacenamiento para vino, piensos, pacas de paja, arena y cemento. En el mostrador, separado de la barra que frecuentaban los hombres, se ofrecían otros productos como loza, toallas, juguetes, sombreros o alpargatas.



«Las cosas las servíamos en unos papeles, unos papeles que venían grandes, papel de vaso creo que le decían, y venían a buscar medio kilo de azúcar, y mi madre hacía un rollito con el papel y metía el azúcar ahí, y después la envolvía y se la daba a la gente, y si venían a buscar aceite traían una botellita de la casa».

«Fui a la escuela, pero no fui mucho tampoco, aquí al lado de la iglesia había una escuelita pequeña, y después ya empezó el colegio Manuel de Falla y no me dejaron ir porque tenía que trabajar aquí».

«Era una ventita pequeñita, tenía comestibles y después los hombres venían a tomarse el vaso de vino con chochos o aceitunas, o una lata de sardina y mi madre se lo hacía sobre la marcha, después vino una ley que dice que no podía tener la venta junto con los hombres del bar, pusieron una chapa para dividir la barra de la ventita».



Carmen Morales Amador

Nació en Cañeño, en abril de 1954. Para sus padres, Carmen y Agustín, no había distinciones entre los géneros de su descendencia. Desde temprana edad, aprendió a cavar la tierra, a podar la viña y a conducir, un privilegio para las mujeres de su época. Con tan solo diez años, comenzó a trabajar en el seno de una familia conocida en La Orotava. Con agradecimiento, recuerda cómo la enseñaron a leer, a escribir, a sacar cuentas y a trabajar en sus negocios de chucherías, que inspirarían su futuro laboral.

Amor a primera vista

Cuando Carmen tenía diecisiete años, Alejandro se cruzó en su camino, fue amor a primera vista. Se casaron en septiembre de 1972 y, en noviembre de ese mismo año, abrieron su propio negocio en El Sauce, junto a la carretera general, en una ubicación estratégica que marcaría el destino de su familia y el surgimiento de una de las ferreterías más importantes de *Los Altos*. Madre de una hija y dos hijos, hoy en día continúa siendo el alma de esta saga familiar.

La venta de Carmen. *El Sauce*

En el n.º 14 del Camino El Sauce, en aquella época empedrado, se estableció una de las ventas más conocidas de la zona alta. En sus inicios, dos mostradores dividían a la clientela por sexos, donde Carmen despachaba bebidas y bocadillos a los hombres, y víveres a las mujeres. En este rincón particular se ubicó uno de los primeros teléfonos que comunicó la zona alta con el mundo y se agrupaban las niñas y los niños que esperaban el transporte escolar hacia el colegio Manuel de Falla.



«La gente que bajaba a trabajar se tomaba un *vasito vino*, o coñac y Sansón, y yo les preparaba el bocadillo y se lo llevaban, y al subir igual. El bocadillo se hacía de queso o sardinas, con tomate y cebollita, porque no había otra cosa».

«Antes se confiaba más en la palabra que ahora en los papeles. Si no podían pagar ese mes pagaban el otro, pero nunca se les dejó de dar el litrito de vino o la botellita de aceite o el panito o la latita de sardinas, que era lo principal, porque no te pagara ese mes».

«Yo empecé con la venta y no tenía luz, la luz aquí alumbraba menos que una bombilla de veinticinco, entonces nosotros empezamos con un motor. Un cura que estaba en San Juan, creo recordar, empezó a pedir para ponerle luz a los pobres de la parte alta, don Víctor, yo no tenía agua tampoco, el agua la teníamos que ir a buscar al chorro y llenábamos los bidones».



Carmen Pacheco Socas

Nació en El Sauce, en 1938. Su padre, Joaquín, fue jornalero en los cultivos de la platanera. Carmen, quien lleva el mismo nombre que su madre, pasó su infancia en el monte buscando cisco y leña. De joven, trabajó en el servicio doméstico en el centro de La Orotava. Tras su matrimonio, se mudó al Bebedero Alto, donde su marido Adrián quería construir su casa y el negocio al que dedicarían el resto de su vida laboral. Madre de dos hijas y dos hijos, regentó su venta hasta principios del siglo XXI.

50 años detrás del mostrador

Carmen es una leyenda en la memoria colectiva del barrio de Bebedero Alto. Su venta y su particular forma de ser generaron un espacio peculiar donde la vecindad acudió durante décadas. Desde que se casó, con veintitrés años, hasta que cerró las puertas en el 2012, estuvo al pie del mostrador, unos 50 años de duras jornadas repletas de historias.

La venta de Carmen. *El Bebedero Alto*

La venta de Carmen es uno de los rincones más emblemáticos de Bebedero Alto. Este negocio abasteció al barrio de los productos más necesarios como frutas, verduras, pastillas de jabón, embutidos o lonas. En este espacio se conserva el mobiliario original, unas reliquias de antaño que mantienen toda su esencia, como el mostrador con vitrinas, las alacenas con cristales, la pesa antigua y un amplio salón que en tiempos pasados acogió numerosas mesas para jugar a la baraja y echarse los vasos de vino.

«Me dejaban la carga allá arriba en La Morra (Agumansa), *asca* mi conuña Esperanza, que tenía una venta, y yo tenía que bajarla a la cabeza y tenía los cuatro chicos menudos, y yo me las tenía que traquinar sola, *pa* los hijos y *pa* la venta».

«Todos los días iba a buscar el pan allá abajo, temprano, de aquí [Bebedero Alto] a Barroso, bajaba caminando y el talego de pan a la cabeza, a la panadería de Ciro, en paz descanse. Ni agua a presión había, allí había un chorro público, ponía la manguera de noche *pa* llenar los bidones *pa* poder fregar los vasos. Había un lavadero tan grande que llegaba a mitad de carretera».

«El millo *pa* los animales se vendía suelto, los chochos a veces los endulzaba yo, los guisaba con cenizas, *pa* que los chochos cogieran color la metía en el agua, la ceniza le daba el color a los chochos».





Eva Delgado Acosta

Nació en Los Pinos, en 1955. En este lugar, su padre José inició el negocio familiar en la década de los cuarenta. Durante su infancia y adolescencia, Eva trabajó intensamente en la venta y en la bodega, donde el mosto se convertía en vino y se acompañaba de los platos típicos cocinados por su madre Higinia. Cursó hasta segundo de bachillerato y aprendió diversas labores en la Sección Femenina para poder acceder al carné de conducir. En 1985, tomó las riendas del establecimiento y creó el supermercado al que dedicaría toda su vida laboral.

Satisfecha entre mujeres

Eva trabajó intensamente en el negocio familiar desde que tuvo uso de razón. Gestionó con entereza el establecimiento heredado, convirtiéndose en generadora de empleo del género femenino. Hoy, satisfecha y con buen humor, agradece el apoyo de sus empleadas y otras mujeres cercanas que la ayudaron con las tareas domésticas y la crianza de su hija y de sus dos hijos.

Autoservicio Eva. *Los Pinos*

Desde su infancia, Eva presenció las diversas mejoras que experimentó la ventita original hasta convertirse en una casa de comidas más amplia y una tienda con multitud de artículos de primera necesidad, como alimentos, zapatos, pequeños electrodomésticos o ropa. Este espacio de encuentro, donde se jugaba a la baraja y se bebía el vino propio, se convirtió en un supermercado bien surtido, junto a la carretera general que asciende a las Cañadas del Teide.



«Abríamos todos los días, solamente descansábamos los martes de la Virgen del Carmen y el día de mi padre que era en San José. Venían los choferes de las guaguas, los extranjeros, los taxistas, venían a comer».

«Yo me acuerdo de chiquita que me subía en un cajón a ayudar a fregar la loza a mi madre, venían antes unos cajones con coñac, de madera, y yo me acuerdo de que me subía en ese cajón *pa* llegar al poyo *pa* fregar la loza».

«Por las vendimias, eso eran sacos y sacos de pescado salado, la gente compraba el pescado salado por las vendimias, *pa* hacer papas guisadas y pescado salado».



María (Dominga) Pérez González

Dominga, como se le conoce desde su infancia, nació en Benijos, en 1942. Se casó en 1961 y al poco tiempo su marido, Octavio, partió hacia Venezuela en busca de un futuro mejor. A su regreso, dos años después, comenzaron a construir un hogar y una venta junto a la iglesia del barrio, convirtiendo este espacio en un punto estratégico para el desarrollo social y cultural de la zona. Desde entonces, Dominga ha trabajado sin descanso para atender el negocio, cocinar y criar a sus cuatro hijas e hijos.

Entre vasos de vino y carne de cabra

A partir de los setenta, Dominga, además de despachar víveres y bebidas, comenzó a elaborar uno de los platos más representativos de Benijos y Canarias: la carne de cabra. La fama de su receta ha trascendido hasta la actualidad, este manjar con toda su esencia aún se sirve en el negocio heredado por sus descendientes.

La venta de Dominga. *Benijos*

En el centro de Benijos, desde 1964, se estableció uno de los negocios más destacados de la zona. En este lugar, Dominga y su marido crearon la venta que abasteció a la vecindad y un salón amplio donde organizaron los bailes más populares de los años setenta. Aquí, cada sábado, los rematadores del monte realizaban los pagos por la recogida de cisco, y los vecinos acudían acicalados a cobrar por sus duras jornadas de trabajo en la cumbre.



«La gente hacía sus compritas, unos me pagaban al mes, otros a la semana, otros que si les daba hasta que cobraran, y así fui colaborando con todos y ellos conmigo, y la verdad que con todos me fue bien».

«Lo más que se bebía antes era vino Sansón, las viejitas que venían con las hijas porque antes no *dían* solas al baile, los bancos estaban alrededor del salón y ahí todas *asentadas* esperando por las hijas y los novios garraban la botellita de Sansón y galletas y las brindaban a todas, las viejitas se sentaban a cuidar a las hijas porque no las dejaban venir solas con los novios».

«Con la ventita y los bailes fui escapando, pero no teníamos agua, no teníamos luz, había que cargar agua con la noche en los chorros públicos, esperando con la noche hasta las dos de la mañana que uno le tocara *pa* llenar *pa después* traer doscientos litros rodando por la carretera, *pa* tenerlos en mi casa *pa* poder fregar y hacer las cosas de la casa, porque aquí no había agua, no había nada».



María Candelaria Hernández Hernández

Nació en 1956 en las cercanías de Colombo, en la actual calle El Herrero. Al poco tiempo, sus padres, Amalia y Pepe, se trasladaron a la zona de La Esperanza en busca de una mejor calidad de vida para ellos y su descendencia. Estuvo escolarizada en La Laguna hasta los quince años. En esa época, habiendo cursado hasta segundo de bachillerato, regresó con su familia al antiguo hogar donde continuó con sus estudios sobre contabilidad y mecanografía. Esta decisión marcaría su experiencia de vida y su futuro laboral.

Una maestra en *Los Altos*

Lala, como es conocida cariñosamente, se convirtió durante años en la maestra de aquellas personas que no tuvieron la oportunidad de ir a la escuela. Durante los años setenta, transformó el *cuarto de las papas* de la casa de sus padres en un aula repleta de esperanza para las niñas y los niños de la zona. Allí enseñó a leer y escribir a quienes continuaron estudiando gracias a la apertura del colegio Manuel de Falla, en Barroso.

La venta de Lala. *Colombo*

Desde su apertura, en 1981, la venta contó con un amplio salón y un mobiliario elaborado para mostrar todo tipo de víveres, figuras, zapatos, chuches y juguetes. Su experiencia durante los veranos en la venta de su tío Juan, en el Bebedero Alto y como contable en el supermercado de Barroso, avivaron su inquietud por crear su propio negocio. Lala compaginó de forma magistral la crianza de su hijo y sus cuatro hijas, las labores domésticas y el trabajo hasta su jubilación en noviembre de 2022.



«Yo, chiquitita, jugaba a la escuelita y a la ventita, allá donde vivíamos, en una huerta que tenía como unas piedras que había por allí. Allí me hacía yo mi venta con los helechos, eso eran las samas de pescado».

«En la horita de comprar el pan, se juntaban dos o tres vecinas y ahí se armaba el corrito, hablábamos las cosas del día a día».

«Aquí arriba no había colegios, aquí había niños de doce o catorce años que no sabían absolutamente nada o muy poquitito. Tenía cuarenta y ocho chiquillos [en su escuela] y me puedes creer que ninguno repetido. Un cuarto que mi padre hizo allí para poner papas, pues empezamos a poner unas mesitas, los bancos eran una tabla con dos bloques».



María Gregoria González Hernández

Goya, como se le conoce en la zona, desde que nació en 1954 vivió en una casa antigua ubicada en la parte baja de Camino de Chasna. Allí, sus padres, Lourdes y Anastasio, atendían una bodega, cuidaban vacas y regentaban una venta. Desde niña comenzó a despachar víveres a la vecindad. Tiempo después continuó con esta labor en el bodegón familiar ubicado un poco más arriba. Hasta su jubilación, estuvo al frente del negocio que fue parada obligada en la carretera general que sube al Teide.

Una niña sacando cuentas

Goya, la quinta de nueve hermanas y hermanos, aprendió de su madre a pesar y sacar cuentas. Con tan solo nueve años, atendía la ventita ubicada en *Chasna Abajo*, cuando el camino aún estaba empedrado y se servía el azúcar, la sal, el arroz, las judías y las lentejas a granel. Durante años, se encargó ella sola de este establecimiento familiar.

La venta de Goya. *Camino de Chasna*

En el histórico Camino de Chasna, que unía el norte y el sur, se encontraba la venta donde Goya pasó su niñez y su juventud. El espacio contaba con un mostrador, estanterías de víveres y un salón amplio donde los hombres se sentaban a beber vino. En un patio interior, las bestias descansaban sobre un suelo de cañas secas de chochos para que las herraduras no resbalaban. Hasta el día de su jubilación continuó trabajando en la venta y el bodegón Los Cazadores, junto a la carretera general, uno de los establecimientos más emblemáticos de la zona.

«Las mujeres iban a comprar, que sabían que ellos estaban tomándose el vaso de vino, y ellas se arrimaban al mostrador de las mujeres, donde entraban y salían las mujeres, yo nunca llegué a ver una mujer cerca de la mesa de los hombres, compraban y se quedaban allí en una esquinita esperando que ellos salieran».

«Me acuerdo nosotros pequeños coger una taza grande, lo que decimos una escudilla, le poníamos unas cucharitas de gofio, íbamos con ella a ordeñar la vaca y le echaba la leche en la escudilla, lo revolvíamos y qué rico era».

«Muchos fiados que ni se pagaron, había gente muy buena, como la de hoy en día, pero había quien se hacía de rogar y no pagaron nunca».





María Minerva Pacheco Hernández

Nació en La Florida en 1956, en la misma casa donde sus padres, Catalina y Pedro, decidieron establecer un bar y una venta de víveres a su regreso de Venezuela. Asistió a la escuela de doña Marina, en Los Pinos. A los once años comenzó a trabajar en el negocio familiar. En 1985 hereda la actividad, reconvierte la venta en un supermercado y renueva el bar con una mejor distribución, ofreciendo un servicio imprescindible para el desarrollo económico y social del barrio.

La tienda que tenía de todo

Minerva y su familia abastecieron durante décadas a la población de La Florida, una comunidad rural localizada a los pies de una gran ladera y aislada por un profundo barranco. Esta circunstancia convirtió la venta original y, posteriormente, el supermercado en una importante despensa repleta de víveres, ropa, zapatos, juguetes, enseres de costura, bombonas de gas, material escolar y un largo etcétera.

La venta de Minerva. *La Florida*

Minerva adaptó y renovó la tradicional venta de su madre Catalina para dar continuidad al negocio familiar. La tienda original, donde pasó su infancia y juventud, lució un mostrador de madera y estanterías con cristaleras. Junto a ella estuvo el antiguo bar que frecuentaban los hombres donde se servía el vino, algunos caldos y conejo frito. El nuevo supermercado ocupó un espacio más amplio para acoger la considerable y variada oferta de productos.

«El mostrador era recto, grandito, por la tarde estaban los hombres, por aquí venían las mujeres a comprar y las estanterías todas llenas de cervezas, en las partes de abajo la sal, el azúcar, los fideos, todo eso venía a granel. Mi abuelo y otra señora eran los que compraban el papel higiénico. Nadie más podía comprarlo».

«La gente te pedía el convido, cuando pagaba, o cuando hacía una compra. Que por pagarte le dieras un par de caramelitos. Venían a hacer la compra, hacían su comprita, y te pedían el convido. Y si te despistabas, ellas te lo pedían».

«Cuando nos pusieron la luz no puedo asegurar las lavadoras que vendió mi madre, las vendía para que la gente se las fuera pagando, muchísimas lavadoras, yo creo que todo el barrio teníamos las lavadoras iguales».





Nieves y Genoveva Hernández Perdigón

Nacieron en 1962 y 1957, respectivamente, en el barrio de Barroso. Sus padres, Delfina y Félix, regentaron uno de los negocios más emblemáticos de la zona alta de La Orotava. Ambas estudiaron en el colegio La Milagrosa y crecieron entre los avatares de actividades imprescindibles como la venta de víveres, la bodega, la barra del bar y los aromas de la famosa panadería de su tío Ciro. A partir de los ochenta lideran el céntrico Supermercado Barroso, convirtiéndose en dos mujeres activas, atentas y cordiales que abastecieron de víveres a todos los barrios de la parte alta durante décadas.

Una saga de mujeres

La historia local no se explica sin esta saga de mujeres trabajadoras e incansables. Delfina, su madre, gestionó con entereza la venta de víveres heredada por su marido y la elaboración de platos de comida. Nieves y Genoveva asumen el negocio familiar y defienden, durante años, un establecimiento imprescindible, además de compaginarlo con la crianza de sus hijas y las tareas domésticas en sus hogares.

La venta de Félix, su padre. *Barroso*

Félix hereda el negocio de sus padres a principios del siglo XX. Sus hijas, Nieves y Genoveva, crecieron en la algarabía de una casa amplia y antigua con ventanas hacia la carretera general. Pasaron su infancia entre el mostrador, las estanterías de madera y las mesas del bar. Una de las salas de este establecimiento se convirtió en un espacio para la vacunación infantil cuando fue preciso y el bar en el primer cine de la zona cuando llegó la televisión. En esta icónica vivienda también se ubicaron el primer local de la asociación de vecinos y la capilla del barrio.



«Venía la gente con los cestos a comprar, había una señora que vivía por Camino Fiesco que venía a comprar con una cesta y subía esa cuesta, que ahora hay un camino, pero antes era una vereda».

«Hasta aquí llegaba la luz, no había luz de aquí para arriba, aquí estaba el único teléfono de la parte alta, todos los recados, si llamaban del hospital o del cuartel, mi padre avisaba a los familiares. Era la única televisión, daban un partido de fútbol y eran aquí todos los hombres viendo el partido».

«Este era el centro de vacunación, cuando salían las vacunas antes avisaban a mis padres y el comedor grande que había allí lo hacían como una sala de vacunación, toda la gente traía a los niños a vacunarlos aquí».

Mujeres valientes. Aguantando detrás del mostrador

Las vivencias de las once mujeres que han formado parte de este proyecto son el reflejo de un pasado histórico marcado por la desigualdad, la pobreza, el analfabetismo y la marginación social en las zonas más aisladas de La Orotava.

La contribución de las mujeres venteras al desarrollo social, cultural y económico es incuantificable. Han trabajado en un sistema patriarcal sin ser valoradas, soportando responsabilidades y horarios interminables en producir bienes y servicios sin obtener, en muchos casos, los derechos laborales que les correspondían por su trabajo.

Con la mejor intención hemos querido dar un lugar propio a estas mujeres y, por extensión, a todas las que dedicaron su vida a trabajar en negocios locales, imprescindibles para el bienestar de las comunidades y que, inevitablemente, están desapareciendo de manera progresiva debido a la llegada de otro modelo económico que ha favorecido la implantación de las grandes superficies comerciales.

Brindamos, desde este mostrador,
por todas las mujeres que han sido
despojadas de su infancia para *oír,*
ver y callar, como decía Delfina, la
de la venta de Barroso.

Brindamos por su aguante.







Ayuntamiento
VILLA DE LA OROTAVA
Concejalía de Igualdad